



Núm. 21. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 2 Junio 1872. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXII.

EDICION DE LUJO
48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones y dibujos, y además 48 figurines iluminados.
Un mes. 12 rs.
Tres meses. 32
Seis meses. 62
Un año. 120
Madrid.
Provincias.
Tres meses. 38 rs.
Seis meses. 74
Un año. 144
En las islas de Cuba y Puerto-Rico un año 10 ps.—En Filipinas y el Continente de América 15 ps.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: Administracion, Plaza de Prim, 2; Hijos de Pelegrini, Caballero de Gracia, 8; librería de Cuesta, Carretas, 9; Bailly-Bailliere, Plaza de Topete; La Publicidad, Pasaje de Matheu; L. Lopez, Carmen, 30; Durán, Carrera de San Jerónimo, 8; Sanchez Rubio, Carretas, 31; Gujardo, Preciados, 7; Moya y Plaza, Carretas, 8; Gaspar y Roig, Izquierdo, 4; San Martín, P. del Sol; y Administracion de EL CASCABEL, Plazuela de Matute, 2.—**PROVINCIAS.** En Barcelona, en la Administracion del Comercio de la Moda, calle del Carmen, 24, 4.º; en Valencia, en casa de D. José Orga, y en los demás puntos en las principales librerías y Administraciones de Correos.—En Paris Mr. François Ehardt, 55, rue Vivienne, près le Boulevard, y C. A. Saavedra, 55, rue Talbott.

SUMARIO.

Don Manuel José Quintana, por la Condesa de Araceli.—*Impresiones de viaje, Palma de Mallorca*, por Augusto Jerez Perchet.—*El arroyo y la flor*, poesía, por Mariano Capdepon.—*Los sábios*, poesía, por Cabiedes.—*La procesion del Corpus*, por Nicasio Alvarez.—*Zinka*, por Angela Grassi.—*Por curioso*, por Vicente Cuenca.—*Modestia y vanidad*, por Maria del Pilar Sunués de Marco.—*Expiacion del figurin*.—**VARIEDADES:** *Charada*.
GRABADOS.—Manuel José Quintana.—Vista de Palma de Mallorca.—La custodia de Barcelona.—Tipos barceloneses á principios de este siglo.

D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.

No nos extenderemos mucho en la biografía de este ilustre vate, una de las mayores glorias españolas del presente siglo. Su voz aun resuena en nuestros oídos; aun creemos ver brillar delante de nuestros ojos el suave fulgor de sus miradas. ¿Quién habrá que, amante de las letras, no haya saludado con respetuoso entusiasmo su esclarecido nombre? ¿Quién no habrá sentido palpar su corazón al oírle cantar en armoniosas trovas, las glorias de Padilla, la invención de la imprenta ó el combate de Trafalgar? Cuanto había de noble, grande y generoso en el mundo, otro tanto excitaba su estro y hacia vibrar las cuerdas de su lira. Por esto, al par que los lauros inmarcesibles del poeta, supo captarse la estimación general, y tener tantos amigos como admiradores.

Nació D. Manuel José Quintana en Madrid en 1772, é hizo sus estudios de Humanidades, primero en Córdoba, y despues en Salamanca, donde tuvo por maestros al insigne poeta Melendez y al erudito escritor Jovellanos.

Las obras que nos quedan de su pluma, pertenecen á tres géneros distintos, en los cuales descolló igualmente: poesía, historia y política. Además de los escritos que acabamos de mencionar, escribió las tragedias *Pelayo* y el *Duque de Visco*, teniendo muy adelantadas otras tres, con los títulos de *Roger de Flor*, el *Príncipe de Viana* y *Blanca de Borbon*. Entre sus obras históricas sobresalen las *Vidas de españoles célebres*, libro que comprende las del Cid, Guzman el Bueno, Roger de Lauria, el Príncipe de Viana, el Gran Capitan, Vasco Nuñez de Balboa, Francisco Pizarro, D. Alonso de Luna y Fray Bartolomé de las Casas. Escribió tambien una noticia histórica de *Cervantes*, otra sobre *Melendez Valdés*, y una introduccion para la coleccion que arregló de poemas castellanos.

Si su vida fué agitada y laboriosa, tuvo en cambio una vejez feliz, mereciendo en sus últimos años ser coronado en ceremonia pública y solemne, y siendo objeto de veneración para los jóvenes vates que se agrupaban en torno suyo.

Ahora reposa hace ya años en el sepulcro; pero su genio vive, y vivirá entre nosotros mientras dure la historia, mientras exista la literatura patria.

LA CONDESA DE ARACELI.

DIRECTORA, ÁNGELA GRASSI.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza de Prim, núm. 2.—Madrid

Los pedidos de suscripciones pueden hacerse á la misma Administracion en libranzas de Giro mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de Correos en carta certificada, pues la Admon. no responde de los extravíos.

EDICION ECONOMICA

48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones, y 12 figurines iluminados.

Un mes. 8 rs.
Tres meses. 20
Seis meses. 38
Un año. 72
Madrid.
Provincias.
Tres meses. 24 rs.
Seis meses. 46
Un año. 84

IMPRESIONES DE VIAJE.

A Salvador Pérez Montoto.

PALMA DE MALLORCA.

Esta mañana á las siete dimos fondo en el puerto de Palma despues de una travesía feliz en la que empleamos diez y seis horas.

A las cuatro de la madrugada subí al puente del vapor y

promontorio, y de trecho en trecho una antigua atalaya.

Doblamos una punta donde se encuentra el castillo de San Carlos y penetramos en la bahía.

La izquierda de esta es un barrio con preciosas casas de recreo, denominado *El Terreno*. A su espalda, en una altura, está el castillo de Bellver. En otro lado una regular suma de molinos de viento.

Añade al pequeño cuadro que bosqueja la animación del puerto, la variedad de edificios, un cielo azul y trasparente como el de Andalucía, una multitud de golondrinas que vuelan y gritan, y tendrás completa la primera vista que me ofrece Palma de Mallorca.

Más tarde, y segun mis observaciones, iré aumentando los detalles que deben completar algun tanto estos mal pergeñados contornos de mi escursión á las islas Baleares.

Hasta ahora solo puedo decirte que vivo en la calle del *Conquistador*, en la fonda de *Las tres palomas*, cuyo aspecto interior es algo anticuado, y que admitiendo la costumbre del país he tomado como preparativo para el almuerzo chocolate con una *ensaimada*; ó en otros términos he comenzado por ahogar una bellísima ilusión, renunciando al café.

POR LA TARDE.

He paseado á la aventura largo tiempo, y aunque de prisa, puedo formular mi juicio acerca de lo que expresa esta ciudad en su exterior.

En primer lugar he visto muchas calles de aspecto antiguo. Las hay en escalones; las hay cubiertas á trechos por bóvedas, como se observa en las poblaciones árabes, y las hay, en fin, regulares, por más que (generalmente hablando) el pavimento no guarda perfecta analogía con las exigencias del ornato público.

Si renaciése á la luz de los siglos la época del feudalismo, seguramente no buscaría otro sitio que Palma de Mallorca para implantarse de nuevo en España.

Y con razon obraría así.

Palma es en gran parte una ciudad gótica. Sus calles, sus edificios antiguos alternando con los modernos; esas construcciones macizas, de piedras negras, altas, tristes, sombrías y aun amenazadoras, con grandes portadas que dejan ver extensos patios de renegridas columnas: aquellos monumentos tradicionales ó históricos que el tiempo ha respetado, no obstante su fatal vandalismo, vienen á hacer de Palma un pueblo que pudiéramos calificar de *arqueológico*.

El pasado de nuestra España tiene poderosa representación en el siglo XIX. La mano impía de las innovaciones, ha hecho desaparecer bajo la palanca de la llamada *civilización* gran número de antigüedades; y sin embargo, viva subsiste más de una ciudad que parece protestar de las profanaciones del espíritu moderno: aun



MANUEL JOSÉ QUINTANA.

ví al frente y por el costado de babor la costa de Mallorca.

Los montes se cortaban en perfiles irregulares y dos ó tres altos picos se dibujaban más erguidos sobre el resto de las montañas.

Luego, cuando el sol hubo aparecido en el espacio, los montes reflejaron sucesivamente las luces de aquel astro, y ya entonces pude apreciar mejor la estructura de la tierra vecina.

Todas las montañas terminan en el mar como si estuvieran cortadas á pico y sus vertientes se hallan revestidas de una vegetación frondosa.

El vapor sigue costeando la isla. Algunos islotes surgen á nuestra izquierda. Mas adelante vemos un faro sobre un

existe la inmortal Granada, la rica Toledo, la decrepita Córdoba, la severa Palma de Mallorca.

Palma ofrece ancho campo al genio contemplativo; al hombre que viviendo en la fantasmagoría de nuestra época moderna, idealiza en su mente la época del feudalismo; ese período tétrico de la historia patria que contemplado á través de la distancia se nos presenta como un sueño romántico donde solo adivinamos los misterios de aquella generacion caballeresca que cantaba el sublime estribillo *mi Dios, mi dama y mi Rey*.

Hé aquí lo que me dice Palma: hé aquí la revelacion de sus calles, de sus edificios: hé aquí analizada el alma de la poblacion ó sea el sentimiento que inspira, la idea que desarrolla en el individuo.

POR LA NOCHE.

Sin que trate de inferir ofensas á tu erudicion, y sin dudar un punto de tus conocimientos históricos, voy á permitirme anotar en estas líneas, á manera de compendio, algunos datos convenientes para la mejor inteligencia de mis impresiones de viajero.

Dice Florian, al ocuparse de las islas Baleares, que tomaron este nombre de *Baléo*, capitán y compañero de Hércules.

Garibay asegura que aquel título es equivalente á *advenedizos* (porque lo fueron los primeros habitantes de esta region.)

Hay quien lo deriva de *Balaros*, que en el idioma de los *Cernios* significaba *desterrados*, en atencion á que los malhechores solian vivir desterrados en estas islas.

Se cree, sin embargo, como de más fundamento, que el calificativo *Baleares* se derive de la destreza que tenían los naturales en tirar con las hondas, puesto que en griego *ballin* es *tirar*.

Los griegos llamaron á estas islas *Gimnasias*, de la voz *pelear* ó *ejercitarse*. San Jerónimo y San Isidoro las nombran *Aphrosiades*, á causa del culto que tuvo en ellas *Vénus aphrodita*.

Parece que el primer rey de las Baleares fué *Geryon* (año 105.)

Le suceden tres hijos suyos.

Hércules Libio viene despues y los vence, hecho lo cual el famoso héroe continúa su viaje hácia el estrecho de Gibraltar dejando á *Hispalis* por jefe de las islas.

Posteriormente, los Argonautas capitaneados por Jason arriban á Sagunto y de aquí pasan á las Baleares enseñoreándose de Mallorca, cuyo país abandonan tan luego como se apoderan de sus tesoros.

Segun Estrabon esos griegos venian de la isla de Rodas, su patria.

Andando el tiempo, los cartagineses ansiosos de extender sus dominios tratan de ocupar las Baleares; pero si bien consiguen su objeto en cuanto á Ibiza, ménos felices con Mallorca, son derrotados.

Más tarde otros nuevos expedicionarios se introducen en las islas, siendo *Magon* el primer capitán cartaginés que las gobierna pacíficamente.

Luego, y mediante capitulaciones previas, hacen amistad con Roma, sin duda porque los cartagineses habían perdido parte de su poder, y últimamente quedan sometidas al yugo de la altiva Roma.

Pero en la série de evoluciones que muestran los siglos, los vándalos mandados por Gunderico destruyen el poder de los romanos en las islas y quedan como sus señores.

Varios otros acontecimientos tienen lugar, y cuenta la historia que en el año 675 habia obispos en las Baleares, lo que supone que el Evangelio imperaba en ellas.

En 797 Ozmen, que gobernaba en Africa, envia con una escuadra á su general Mahamete y las Baleares son saqueadas.

Muerto Ozmen, su hijo menor Aliatan queda señor de España y manda en 801 otra nueva flota á estas comarcas donde se establecen muchos de sus súbditos; más Carlo-Magno, poco satisfecho de la preponderancia y atrevimiento de los moros, dispone que vengán sus naves contra Aliatan. Vencido este por los franceses en la costa de Cerdeña, los vencedores llegan á las Baleares y arrojan á los árabes.

A la muerte de Carlo-Magno, el rey Bernardo, hijo de Pipino y nieto de aquel, gobierna las Islas. Despues (se ignora la época) los moros las reconquistan siendo en 857 sus dueños.

Finalmente, añadiré que la conquista total de Mallorca por el rey D. Jaime primero el *conquistador* tuvo lugar el 31 de Diciembre de 1229.

Pasemos á otro asunto.

No hay duda que he empleado el día con aprovechamiento; y para convencerte voy á transcribir los renglones que encuentro en mi álbum.

Dicen así:

Palacio real de las Murallas.—Este edificio, hoy residencia del capitán general, Audiencia, Bailía y Gobierno militar, es notable por su antigüedad puesto que se le conoce completamente desde el año 1185, si bien apenas guarda otros restos visibles de su vejez que las puertas de la Audiencia y una bonita portada bizantina correspondiente á la capilla de Santa Ana donde se conserva el cuerpo de Santa Práxedes.

Catedral.—En su exterior ofrece un sello de severidad que armoniza con el resto de Palma. La puerta del *mirador* es en mi concepto el punto culminante que merece fijar la atencion del artista. Su arquitectura pertenece al gusto gótico en sus últimos tiempos; está sobrecargada de adornos, pero esta exuberancia que en otras obras pudiera ser perjudicial, constituye aquí un todo elegante. Sobre la puerta hay un relieve de la *cena*, y completan la fachada por este lado seis esculturas de buenas proporciones y un precioso arco en ogiva.

Del frente principal solo diré que se está llevando á efecto una notable renovacion bajo la direccion de Peyronet.

No acierto á explicarme las impresiones que produjo en mi ánimo el interior de la basílica. Triste, misterioso, glacial se presentaba ante mis ojos aquel templo que tantos recuerdos debia encerrar; así es que obedeciendo á esa fantasía que muchas veces se apodera del hombre, ví en el fondo de mi espíritu las páginas de la historia de Mallorca, sus días de luto, sus días de placer, el resumen de la vida de aquel pueblo.

Y no escasean por cierto los objetos de interés en el recinto de la catedral, siendo en mi sentir el más importante el mausoleo donde descansa el cadáver del rey don Jaime II. El sarcófago es de piedra, sencillo de adornos, y en su seno oculta una caja de terciopelo grana que contiene los restos del monarca. La real persona yace momificada. Muestra en su cabeza un birrete encarnado. Cubre sus hombros una esclavina de piel blanca. Ciñe su cuerpo una túnica de damasco blanco. Lo reviste un manto de terciopelo grana galoneado de oro, y calzan sus pies borcuéguis de idéntica especie, descansando cabeza y pies en dos almohadones de terciopelo.

La capilla de San Jerónimo guarda el sepulcro del marqués de la Romana, y esta tumba es una verdadera obra de arte hecha con mármoles de la Isla.

En la sala que precede á la capítular del templo se ve el sepulcro del antipapa Gil Sancho Muñoz.

Muchas son las reliquias que existen en esta catedral, y entre ellas aseguran que hay tres espinas de la corona de Jesucristo y varias gotas de leche de la Virgen.

Respecto á curiosidades de otra índole citaré cuatro hermosos tapices de terciopelo bordados de oro y plata, cada uno de los cuales representa un Evangelista; sin olvidar tampoco una silla donde se sentó Carlos I de España y V de Alemania.

No te parezca inmerecida la distincion que concedo á este último recuerdo.

Hay detalles que si aparecen en la época de su origen como nimios ó poco importantes, se revisten de innegable superioridad apenas el tiempo interpone su distancia entre el ayer y el hoy.

¿Qué extrañeza puede causarte la noticia anterior?

Carlos V es un hombre que se destaca de la turba de individuos que nacen á la vida: nada tan natural como decir:—Aquí se sentó aquel rey orgulloso que en su vanidad estúpida redujo á polvo los alicatados de la Alhambra para construir sobre sus ruinas un palacio vulgar y adocenado.

La Lonja.—Este edificio, hoy depósito de comercio, es magnífico: pertenece al gusto ogival; consta de amplias naves y sus arrogantes bóvedas descansan en numerosas y esbeltas columnas. La construccion va rematada por pequeñas torres situadas en los ángulos.

Iglesia de San Francisco de Asís.—El rey D. Jaime I mandó edificar este templo para su hijo primogénito, siendo en su origen convento de frailes.

En una capilla se conserva el sepulcro del célebre sabio Ramon ó Raimundo Lúlio, que falleció á principios del siglo XIV.

Este hombre ilustre, cuya vida ofrece singulares peripecias, estaba muy lejos de conquistar el respeto y la santidad que más tarde le adornaron; pero la aventura que voy á citar verificó en su alma una de esas transformaciones que deciden del porvenir.

Raimundo nació en Palma de Mallorca hácia el año 1235. Era su padre un noble descendiente de Barcelona que ayudó al rey D. Jaime en la conquista de la Isla, y su madre pertenecía á la casa de los condes Heril de Cataluña. Colocado en calidad de paje al servicio del infante D. Jaime, ascendió luego á mayordomo. Enamorado de Leonor, dama de la corte, dió al olvido sus obligaciones, y ocupando el tiempo en escribir versos á su amada,

comenzó su conducta á disgustar á cuantos le trataban, hasta el punto que su padre, con la esperanza de procurar al jóven algun correctivo, le entregó por esposa á Catalina Labotz.

La medicina, sin embargo, produjo consecuencias negativas. La pasion de Raimundo hácia Leonor no decrecia y era tal el frenesí de que se hallaba poseído, que una mañana, mientras aquella oía la misa mayor, Raimundo, enterado del sitio en que estaba la señora de sus pensamientos, penetró á caballo en el templo, sin advertir su irreverencia, por la que pidió perdon, no bien sus amigos se la hicieron notar.

Leonor levantóse al reconocer á Raimundo y para poner un límite á sus arrebatos, mostró á los ojos de Lúlio su pecho horriblemente cancerado y le dijo:—*No te engañe, Raimundo, la hermosura de mi rostro, pues están cuales ves estos pechos*.

Desde entonces sintió Raimundo desaparecer el encanto de sus ilusiones; presa de un abatimiento profundo buscaba la soledad, y cuentan que un día se le apareció Jesucristo.

La celeste vision prestó fuerzas á su alma y poco despues abandonaba Lúlio la sociedad, retirándose al monte de Randa, en la isla de Mallorca.

El resto es sobrado conocido: aquel hombre que en la existencia mundanal era célebre por sus locuras, dió ejemplo en el claustro de una virtud perfecta, al par que sus obras le conquistaban el título de sabio.

Saliendo por la puerta del Muelle cruzamos el arrabal de Santa Catalina; subimos una cómoda carretera embellecida con preciosas casas de recreo al gusto americano, y pasando un extenso pinar llegamos al castillo de Bellver.

Esta fortaleza se halla edificada en un monte elevado 112 metros sobre el nivel del mar, distante unos dos kilómetros al O. S. O. de Palma.

Fué construida en tiempo de D. Jaime II bajo la direccion del arquitecto Pedro Salvá, y ofrece cierta robustez y vigor que trae á la memoria su destino en la época de su origen.

Las guerreras máquinas de ataque chocarian en vano contra los arrogantes muros, mientras los saeteros al amparo de los manteletes arrojaban sobre el enemigo sus agudos proyectiles.

Y al mismo tiempo que esta idea evoca, tórnase el espíritu en sentido opuesto á las veladas de placer, á las risueñas horas trascurridas en el interior de este monumento, que si grave y adusto ostenta sus caducas torres, aun exhibe sus magníficos salones, más á propósito para festines y amores que para asuntos de pelea ó pláticas militares.

Pero Bellver es hoy un inválido de antiguas campañas que solo vive con las memorias de su pasado; pasado en que se eslabonan multitud de hechos importantes entre los que descuellan las desventuras y las lágrimas.

¿A qué mayores detalles? Fuera prolijo enumerar la historia de este castillo, más no debo pasar en silencio un dato: D. Melchor Gaspar de Jovellanos, ilustre ministro de Carlos IV, ha inmortalizado á Bellver, cuyo recinto lo tuvo prisionero por espacio de seis años.

Retirado á su patria, Asturias, habia traducido el *Contrato social*, obra de Juan Jacobo Rousseau, y juzgando este paso como una falta digna de castigo, dispuso el favorito Godoy que viniese aquel hombre eminente á Mallorca, y despues de morar un año en la cartuja de Valldemosa fué trasladado al castillo de Bellver.

He visto con triste emocion la lápida de mármol blanco que existe en una de las habitaciones altas, consagrada á su recuerdo, y de ella copio las siguientes inscripciones:

A la memoria del sabio, virtuoso, eminente varon don Gaspar Melchor de Jovellanos.

En este aposento soportó con ánimo sereno y tranquila conciencia, rigurosa prision desde el día 5 de Mayo de 1802 hasta el 6 de Abril de 1808.

La sociedad económica mallorquina en sesion del 12 de Octubre de 1849, acordó por aclamacion dedicarle este monumento.

Desde el castillo de Bellver se disfruta de magnífico panorama.

Oigamos cómo lo describe mi ilustrado amigo de Palma D. Miguel Bibiloni y Corró en su reseña de este monumento.

“Circuida por la cordillera de elevados montes sobre los cuales crecen con profusion el olivo y el algarrobo, el pino y la encina, vése la vega tapizada de pomposa viña y poblada de almendros y otros árboles frutales, sobre

los que descuella meciéndose graciosamente la esbelta palmera, y por entre el florido y umbrío follaje se ven aparecer cual blancos nidos de paloma las casitas de Marratxí, Buñola, Establiments, Son Serra, Son Lull, la Vileta, Génova, la Bonanova y otras ciento que dan vida y animación al paisaje, y arrulladas por las olas de la mar que las bañan con su nevada espuma, véanse brotar á la orilla las quintas de recreo del Molinar de levante, comparables á una bandada de blancas gaviotas, dormidas en bonanza y prontas á levantar el vuelo alrededor de la hija de las aguas, de la nacarada perla del Mediterráneo, de la hermosa Palma, que soberbia y orgullosa refleja las siluetas de sus arabescos edificios sobre el terso cristal de su bahía.

Terminada nuestra visita al Castillo, mi amable guía D. Miguel Bibiloni me condujo al precioso restaurant de *Vista alegre*, colocado al pié del monte, en la carretera de Andraitx, donde saboreamos algunos manjares á manera de *merienda*; hecho lo cual y aproximándose la noche volvimos á Palma.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.



EL ARROYO Y LA FLOR.

Oye, Rosa gentil, un cuentecillo
De una flor y un arroyo sonoro,
Que te agrade quizás por lo sencillo,
Sino por lo armonioso.

Era una flor lozana,
Gala y orgullo del vergel ameno:
Y una fresca mañana
Del mes de encantos lleno,
Del mes de los amores,
Del fresco Abril, el padre de las flores.

Un arroyo bañaba
El tallo de la flor tierno y flexible,
Y la flor se miraba
En el espejo del cristal movable,
Y hermosa se veía,
Y el aura cariñosa la mecía.

Y á su impulso suave y misterioso
Doblóse el tallo de la flor galana,
Y su corola ufana
Besó las aguas del cristal undoso:
Y se elevó, de perlas coronada,
Con más vivos colores;
Y el agua del arroyo, perfumada
Con su esencia divina,
Exhaló de placer gratos rumores.

Y á cada soplo amante
Del cefirillo errante,
La bella flor se inclinaba
Sobre el fugaz arroyo y dilatado,
Dulce beso estremece
La superficie del cristal rizado:
Y la flor aparece
Bella entre las hermosas,
Y en ella liban miel las mariposas.

Y en éxtasis de amor indefinible
La flor encantadora
Una vez se durmió sobre el movable
Murmurador arroyo, y á la aurora
Sus hojas con placer se desprendieron,
Y entre las ondas del arroyo huyeron,
Y eternamente unidos
Los dos amantes caminando fueron.

Quisiera, Rosa amada,
Ser el arroyo que á los piés gemía
De la flor encantada....
¡Cuán dichoso sería
Si tú fueses la flor enamorada!

M. CAPDEPON.

LOS SABIOS.

Filósofos, guerreros,
adios, que no ambiciono,
los lauros de los unos,
las glorias de los otros.

Veinte años ha que vivo,
y veinte años que corro
tras falsas esperanzas,
entre ásperos abrojos.

¿Qué á César sus imperios?
¿qué á Midas sus tesoros?
¿qué á Sócrates su ciencia?
¿qué al de Vivár su arrojo?

¡Si siempre la ruin mano
del implacable encono,
vibró contra sus vidas,
ya aceros, ó ya oprobios!

¿Tan pobre será el mundo,
ó tan avaros somos,
que hay que afanarse tanto
para gozar tan poco?

El tiempo que de vida,
me presta el cielo, ignoro,
más no que mis venturas
emanan de mí propio.

Y aunque insaciable anhele
el gusto codicioso,
no agotará los frutos
del regalado Otoño.

Ni las aves del viento,
ni los peces del golfo,
ni el agua cristalina
que bulle en los arroyos.

Ni yo el fragante almibar
de unos lábios hermosos,
ni la pasión de un alma,
ni el brillo de unos ojos.

Sábios, adios, que al seno
de mi ventura torno;
más sabio es vivir vida,
de amor y de reposo.

CABIEDES.

LA FIESTA DEL CORPUS.

Grande era el aparato que en los antiguos tiempos se desplegaba para solemnizar este acto, y nuestros mayores inspirados por su ardiente fé, hallaron modo de acrecentar su esplendor con representaciones alegóricas, que si bien algunas degeneraron luego en grotescas, tal vez por ignorarse su verdadero significado, contribuían no poco á exaltar la sencilla piedad de aquellos fieles.

Este origen tuvieron las danzas de espadas, de ángeles y diablos, las *Tarasas*, las célebres *Rocas* valencianas, especie de carros triunfales, tirados por briosos cabestros, que representan ya la creación del mundo, ya la derrota de Luzbel, los misterios de la Fé y la Concepción, la Apoteosis de San Vicente, etc. A la procesion que sale del santuario de la Peregrina, en Pontevedra, va un barco empavesado, que llaman la *Santa Nave*, en memoria de la hazaña del almirante Charino, que cuando la toma de Sevilla en 1247, rompió la gran cadena de los moros que cerraba el puerto. A su vez, Toledo lucía no ha mucho la Tarasca de voraces fauces, llevando encima una saltarina llamada vulgarmente Ana Bolena, y en lugar de los actuales gigantes, que recibió de Barcelona en 1755, poseía una verdadera compañía de ellos: cuatro alusivos á las partes del mundo, dos menores llamados gigantillos y otro colosal, alfange en mano, que simbolizaba al héroe de nuestras leyendas, el poético Cid Campeador.

Sevilla igualmente ostentosa en sus festejos, conserva no pocos de los ricos *pasos* y opulentos emblemas conque así en la procesion del Corpus, como en las de Semana Santa, llamó la atención de toda España durante los siglos XVII y XVIII. Gigantes y enanos, tarascas y tarasquillas, *mojanillos* y tamborileros, *seises* y *veintenes*, sagrarios, pasos, reliquias, músicas de paloteo, vihuelas y clarinetes, joyas como la custodia, que pesa cuarenta y tres arrobas de plata, tal era el grandioso aparato que evidenciaba la religiosidad de aquella antigua corte de los monarcas castellanos. Madrid, quizás por ser de origen más moderno, nunca se distinguió en esta clase de festejos, á los que solo dieron importancia la régia comitiva que campeaba en ellos y los autos sacramentales, que solían representarse por las compañías de comediantes en un tablado al aire libre, ya delante de las iglesias ó de los palacios, ya en los ministerios en presencia de los embajadores.

No cede Barcelona en piedad y en magnificencia á Sevilla, Toledo, Valencia y Zaragoza, y aun hoy conserva parte del entusiasmo conque celebró en otro tiempo la procesion del Corpus.

Segun atestiguan curiosas memorias que existen en el archivo municipal, hé aquí el orden que guardaba la procesion en el siglo XV, antes del año 1380.

“Primeramente todas las trompas; la bandera de Santa Eulalia, los gonfalones de la Seo, Santa María del Mar, Santa María del Pino, San Justo, San Pedro, San Miguel, San Cucufate y Santa Ana; los blandones ó ciriales de la Seo al lado derecho, y los de la ciudad, que son cuarenta, al lado izquierdo; de los estropeados y contrahechos, de los faquines, tallistas, panaderos, tahoneros, pescadores, tejedores de lino, cofradía de San Julian, curtidores, carpinteros y pellejeros; las cruces de las indicadas parroquias y además las de las órdenes monásticas, el clero parroquial, y por último las infinitas representaciones alegóricas, el águila sola, los ángeles tañedores de instrumentos, y al fin la custodia, seguida de inmenso pueblo.

No se llevaba en aquella época la riquísima custodia que se lleva hoy y que representa el grabado del presente número. Compónese esta de un relicario primoroso, que se afianza sobre una verdadera silla gótica de plata maciza, trono del rey D. Martin á fines del siglo XIV y asiento triunfal en que fué conducido D. Juan II al regresar victorioso de Perpiñan en 28 de Octubre de 1473.

Ciñe la silla, dice el Sr. Pi (Barcelona, ant. y mod., t. I, pag. 157,) una banda de terciopelo carmesí, bordada de oro y cuajada de piedras preciosas, y toda la custodia está adornada de joyas de gran valor; una hermosa cadena de oro, formada de hermosas perlas; un rubí cabujón del grandor de un huevo de paloma; una cruz de sesenta y seis diamantes; una esmeralda de valor de 1.500 ducados; una cadena de 2.300 duros; un diamante negro inapreciable, igual al de Sancy en Francia; una rama de palmera hecha de ópalos de Oriente, regalada por Filiberto de Saboya, etc.; reuniendo entre todo mil doscientos seis diamantes, más de dos mil perlas finas, ciento quince ópalos, cinco záfiro orientales y gran multitud de turquesas, siendo tal el número de donativos y alhajas regaladas en todos tiempos de gran valor, esquisito gusto y delicado trabajo, que distribuidos en profusion en este tabernáculo, llegan á ocultar la bella forma piramidal de minuciosos calados en que está colocado el Santísimo Sacramento.

Tal es la magnífica custodia conque se enorgullece justamente la culta Barcelona.

NICASIO ALVAREZ.

POR CURIOSO.

Uno de mis mayores defectos es la curiosidad, virtud que poseo en alto grado.

Por mal de mis pecados, no ha muchas noches, dióme la gana de ver una representación en el teatro de *El Génio*, y á las ocho—quizás impulsado por la mano de la Providencia, que como decía mi tía, castiga y no con palo,—me encaminé á dicho teatro, en el cual segun un desconocido cartelón con letras mayúsculas, se representaba el drama de Alejandro Dumas, *Margarita de Borgoña*.

No quedaban asientos desocupados, “así nos divertiremos por completo” me dije; y con el mismo valor con que César pasó ó no pasó el Rubicon, pues en esto de historias también se miente, y no poco que digamos, me introduje en la grada.

Al principio me fué imposible el poder introducir mi humilde individuo en aquel *pandemonium*, y eso que somos de muy fácil colocación; pero con la mayor imperturbabilidad hice que se corrieran hácia la izquierda unas señoras, al menos á mí tal me parecieron, y á unos caballeros que se estrechaban un poco, y al fin pudimos hacer pié.

El calor era insoportable.

Traté, pues, de sentarme, porque en el sitio que estaba, tras de no ver, impedía la vista á los demás.

Aquí empezamos á padecer.

Las señoras que habia hecho correrse á la izquierda fueron las que rompieron primero el fuego.

—Pero caballero, dijo la de más edad, que de seguro habia presenciado el degüello de los Inocentes; ¿hemos venido al teatro para que nos presen como sardinas?... ¿No ve V. que no podemos estrecharnos más?

En cuanto á lo de sardinas les sobraba razón, en cuanto á lo segundo el almidon se hubiera quejado con más probabilidad.

—Pero si solo con un poco tengo suficiente.

—¡Cómo! contestó admirada de mi audacia, es que in-

tenta usted acaso colocarse en medio de nosotras, pues se equivoca, desde este momento le digo que no me muevo.

—Silencio y siéntense ustedes, exclamaron algunas voces detrás de nosotros. La Providencia hizo aparecer en aquel instante á un inspector de policía, y quiera que no, sin hacer caso de las pestes y quejas, que por cierto no escasearon, me colocó al lado de aquellas señoras que por lo menos ocupaban ocho asientos.

A mi izquierda estaba sentado un jóven muy presumido con guantes amarillos, cabello negro, rizado y perfumado hasta la saciedad, y que hubiese podido pasar por buen mozo si hubiera tenido mejores narices; pero esta falta no le impedía el que se tuviese en mucho, y esta es una de las cualidades que el mundo más aprecia para sus juicios ulteriores.

El público se impacientaba de lo lindo, porque tardaban en empezar, y el público del teatro de *El Génio* tiene un modo muy significativo de dar á conocer sus deseos.

En el patio no se oían más que golpes, en las galerías daban palmadas, y en la grada unos silbidos acompañados de los gritos de ¡el telón! ¡el telón! que daba gozo de verlo.

Este modo de manifestar sus afectos tan al natural, hizo proferir al lindo pisaverde en denuestos contra tales maneras en un principio, pero por último, participó de la corriente general y exclamó:

—¡Demonio! tienen razón. ¡Cuánto tardan! ¡Es una pesadez insufrible! ¡Y luego quieren que se venga á estas funciones!

Como le ví tan enfurecido juzgué llegado el momento de entablar conversacion, cosa muy natural, pues he observado que la cólera y el dolor son los sentimientos que nos hacen más comunicativos.

—¡Es bueno el drama? le dije.

—¡Oh! contestóme un si es no es más tranquilo, una obra maestra, aun cuando visto uno, visto todos, un tirano ó un traidor, una huérfana ó una reina adúltera, son por lo regular su argumento; sesenta representaciones he visto este año y todas pudiera decir que están cortadas por el mismo patron.

—¡Es usted muy aficionado al teatro?

—No, solo vengo por matar el tiempo, la sociedad se va relajando de tal modo que ningún hombre de *corazon* puede sufrirla.

—¡Ya!...

—Además que el teatro es la escuela de las costumbres.

—¡Segun me han dicho, las buenas costumbres de este drama tienen seis cuadros?

—Cierto, y cada uno tiene un nombre á cuál más filosófico. Segun mi opinion, y recalco mucho esta expresion, segun mi parecer, repito, *Margaritha de Borgoña* no deja nada que desear en este concepto y mi voto no deja de tener algun peso, porque vivo en la misma casa que el galán jóven.

—¡Ya! repetí por segunda vez.

—Como verá usted, su argumento es de los más sencillos. Primero aparece un salon el cual tiene una ventana

que da al Sena, no, primero un bosque en el que tiran al mar, tampoco, es una taberna... En fin, ello es que no matan más que á dos, debiendo ser tres los muertos. Ya comprenderá usted por este episodio que su fin no puede ser más moral.

—Pues, señor, quedo enterado.

Alzóse el telon.

Después de colocarme con la comodidad que Dios me dió á entender, disponíame á comprender aquel drama tan sencillo de argumento como me había dicho mi vecino, cuando entran, ó por mejor decir, embisten dos mujeres los asientos, y sin aguardar á ver si tenían lado, saltan y

se zampan en mi banco, faltándole muy poco á una para sentarse en mis rodillas y tirando la otra al suelo mi sombrero.

—¡Uf! gracias á Dios que hemos llegado, no nos ha costado poco trabajo, y qué modo de apretarnos en la puerta..... Retírate, Maruja, y pongámonos anchas. Ya verás qué buena comedia, mi primo me ha asegurado que es magnífica, sobre todo el final dice que es sublime, en el ensayo lloraron hasta los maquinistas.

—¡Y hay muertos? dijo la otra.

—Muchos.

—¡Gracias á Dios, es lo que más me divierte!

—Hay dos ahogados y además otro que van á ahorcar, á la reina la dan dos desmayos y en el último acto la cortan el cuello con un cuchillo.

—¡Deberá ser una cosa digna de verse!...

Como para dejarlas un lado á aquellas buenas mujeres que tanto se iban á divertir con ver matar al prógimo, me fué preciso correrme hacia la derecha, perdí mi magnífica posición que tanto me había costado.

En vano traté varias veces de mirar á la escena, pues un mar de cabezas me lo impedía, y sobre todo un calvo que estaba sentado delante de mí, y cuya sola ocupacion era arreglar los pocos cabellos que le quedaban.

Cansado de aquella posición, renegando del teatro y hasta de mí mismo, intenté salir, pero al momento comprendí que era imposible. En esto, dióle la gana á las mujeres que se habían sentado junto á mí de emprender una conversacion tan tirada como si hubiesen estado en su casa.

—Oye Maruja, dijo la que estaba más próxima á mí individuo, no dejes de avisarme cuando salga mi primo.

—Aun no ha salido, pero....

—Cuidado, señora, dijo la vieja que me era tan simpática, volviéndose, cuidado que está usted echándose encima de mí.

—Toma, pues no es usted poco delicada que digamos. Yo quiero ver á mi primo y por eso he pagado en la puerta.

¡Diciendo estas palabras echóse sobre mí con la mayor libertad del mundo, refunfuñando, poniéndome por último la mano sobre el hombro é inclinándose hacia el patio, sin dársele un ardite del enojo de la vieja que las miraba con no muy buenos ojos.

—Mira, mira Maruja, ahora sale tu primo, lleva puesta la gorra que le has regalado con las plumas. ¡Cómo mueve los

ojos cuando habla! Qué guapo está!... Voy á hacerle señas de que estamos aquí.

Aun no había acabado de decir estas palabras cuando cogió un pañuelo por una punta y empezó á agitarle, azotando con él sin querer la cara de la vieja que se volvió hecha un basilisco gritando:

—Sí, es muy sencillo su argumento, prosiguió con la mayor formalidad, pero no sucede lo mismo en otros en que pasan años y años de un acto á otro que es un contento.

—Sin embargo, replíqueme, no creo que este sea un gran mal, porque para encontrar gusto en una cosa no hay necesidad de comprenderla.



VISTA DE PALMA DE MALLORCA.



1028

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Prim II, 3.

—Le he dicho á V. hace más de una hora que me está incomodando.

—Hay acaso, contestó un mucho picada la Maruja, algún bando de policía que me lo impida.

—¡Silencio! exclamaron los espectadores impacientes.

—Cuando está el telon levantado no se habla.

—Pues me da la gana.

—¡Fuera! volvieron á exclamar algunas voces.

—¿Quiere V. callar, dijo la vieja?

—Por toda contestacion levantó la mano la buena de la Maruja, y paf, le dió una tremenda bofetada.

Aquí fué Tro-
ya.

Levantóse la vieja hecha una furia y empezaron á llover bofetones y arañazos que era un primor.

Irritado el público por tal escándalo empezó á gritar y á patear de impaciencia porque interrumpían el drama.

La confusion llegó á su colmo, y hubo un momento en que creí que era presa de un vértigo. En vano trató el bueno del inspector de poner paz entre aquellas dos mujeres que parecían furias.

Magullado y sin sombrero, pues ignora dónde fué á parar en aquella refriega, pude ganar la puerta, y sin volver la cabeza atrás llegué á mi casa con el auxilio de un sereno que me depará la suerte.

Sea usted curioso.

VICENTE CUENCA.

ZINSKA.

(RECUERDO HISTÓRICO DE CATALUÑA.)

Dedicado á mi amigo el Sr. D. Felipe Carrasco y de Molina.

(Conclusion.)

VII.

Tímidas doncellas, si habeis amado alguna vez, sabreis cuán anhelada es la blanca corona nupcial, para la púdica virgen que ha cifrado en un solo objeto todas las palpitaciones de su alma. Graves matronas, si alguna sonrisa asoma á vuestros lábios y dilata las arrugas de vuestra frente, sin duda es evocada por el recuerdo de aquel dichoso instante, en que un indisoluble lazo os unió para siempre al esposo idolatrado.

Almodis se paseaba feliz y orgullosa por el anchuroso salon del baile, dando el brazo á su hermoso caballero, y cuando las damas vinieron á buscarla para llevarla á la estancia nupcial, clavó en Ponce una mirada que revelaba todo un mundo de delicias y castas sensaciones. También el jóven caballero la contempló extasiado y murmuró en su oído apasionadas frases.

Pero en aquel instante un horrisono trueno hizo retumbar el edificio hasta los cimientos, y Ponce se estremeció.

—¡Ah! exclamó con espanto, ¿qué es lo que me augura este horrible desórden de la naturaleza?

—Solemniza tu enlace, dijo sonriendo Juan de Pineda.

Pero Ponce no se rió, fué á recostarse silenciosamente en una columna y se entregó á sombrías meditaciones.

¡Ay! es que la voz de los irritados elementos habia despertado la voz de su conciencia; le habia recordado á Zinska, tal vez llorosa y desesperada en aquel mismo instante.

Sumido estaba en un hondo estupor, cuando sintió

posados, y la escalera ardía, y bocanadas de humo salían por las rendijas de la puerta que aun permanecía cerrada.

Ponce soltó un grito de desesperacion y le contestó una salvaje carcajada.

Era Zinska que se habia arrojado sobre él y pretendia sujetarle entre sus brazos.

En aquel instante la puerta del torreón se abrió de par en par, y entre llamaradas azules y torbellinos de humo, apareció Almodis pálida y desmelenada.

—¡Socorro, socorro! gritó fuera sí.

—¿Qué veo! murmuró Zinska horrorizada.

Habia reconocido á la salvadora de su padre.

—¡Mi esposa! exclamó Ponce desasiéndose de la jóven.

¡Basta, repuso Zinska con un gesto absoluto; ni un paso; que nadie se mueva ó está perdida!

Dijo, y se lanzó á la escalera: pasó con increíble ligereza por encima de las ascuas encendidas y entre las llamas que empezaban á brotar del pavimento, llegó á la cima, arrebató á Almodis entre sus brazos, y volvió á descender con su pesada carga.

Los circunstantes no se atrevían á respirar; trémulos de horror, de admiración y de esperanza.

Zinska parecia tener alas en los pies, y ya llegaba al término de su fatal carrera, cuando al imprimir su planta en uno de los últimos peldaños, este se desmoronó con estrépito y quedó medio hundida en el abierto boquete.

Entonces hizo un postrer esfuerzo, y arrojó á Almodis en los brazos de su amante; pero cuando ayudándose con las manos, quiso salir de entre las ruinas, levantáronse las llamas amenazadora



CÉLEBRE CUSTODIA DE LA CATEDRAL DE BARCELONA, EN LA PROCESION DEL CORPUS.

que le apretaban el brazo con sañuda furia y que una voz ronca murmuraba en su oído:

—¡Has hollado mi amor y vas á conocer mi verganza!

Ponce soltó un grito y miró en derredor de sí con ojos extraviados.

No vió á nadie.

Pero otro grito desgarrador y terrible que lanzaron los circunstantes respondió á su grito:

—Fuego, fuego, repitieron cien voces á un tiempo.

—Fuego, fuego, resonó en todos los ámbitos del edificio.

Los convidados se precipitaron fuera del salon, salvaron los corredores y salieron en desórden al vestíbulo.

Allí terminaba la escalera de un pequeño torreón cuadrado. En el torreón estaba la cámara nupcial de los des-

hasta el cielo y quedó envuelta.

Ponce y Almodis cayeron de rodillas; pero Zinska no pudo oír sus bendiciones.

Aun existen las ruinas del castillo de Llobregat y aun se muestra á los viajeros la derrumbada escalera que sirvió de tumba á la hija del rey moro.

Desde entonces, si los pastores de la comarca ven en las tardes de otoño levantarse de las aguas del rio una ligera neblina que corre á perderse entre las nubes, creen que es el alma de Zinska que se remonta al cielo; si escuchan los ayes de la brisa que murmura en la maleza, creen que es su alma la que suspira y llora.

Cuando la tempestad extiende sus alas de fuego sobre la pradera, las madres cojen á sus hijuelos en los brazos y les dicen al oído:

—Callad: es Zinska que se enoja; orad por ella, hijos míos, como oraban al borde de su tumba Ponce de Cer- vera y su esposa Almodis.

ANGELA GRASSI.



MODESTIA Y VANIDAD.

ARREGLO DEL FRANCÉS, POR MARÍA DEL PILAR SINUÉS

DE MARCO.

(Conclusion).

V.]

El día anunciado llegó Elena á la pequeña estación de Thihonville, y quedó suspensa al ver por la portezuela del carruaje que solo había dos casas cerca del modesto desembarcadero.

Al apearse se halló en los brazos de Susana, que la estaba esperando; abrazóla tiernamente la joven campesina, y la condujo fuera de la barrera.

Al salir de ella vieron á Mr. Riviere que se adelantaba para recibir á la viajera.

—Luis, aquí tienes ya á mi querida amiga Elena, dijo alegremente Susana.

Madame d' Emery y Mr. Riviere cambiaron un cordial saludo; cerca de ellos se hallaba una linda carretela tirada por dos magníficos caballos que piafaban de impaciencia; un criado sin librea colocó las cajas y las maletas en la trasera; despues Mr. de Riviere presentó la mano á Elena para ayudarla á subir al carruaje; colocóse Susana al lado de su amiga; Luis ocupó su sitio, é hiriendo el co- chero el suelo con su látigo, como una señal de marcha, salió el magnífico tronco al trote largo.

Durante el trayecto, Elena miraba á Susana con cre- ciente asombro; ésta comprendió la expresion de aquella mirada, y dijo:

—Estoy muy bien de salud, ¿no es verdad? hasta verás que he engruesado; el aire del campo dá un apetito ridículo, ya lo verás por tí misma.... pero, Elena, ¡tú estás pálida! sin duda tendrán la culpa las diversiones y los bailes del invierno ¿no es cierto? Aquí no trasnochamos nunca, te lo prevengo; y para que el acostarte temprano no te se haga violento, te haré pasear mucho, á fin de que el cansancio te traiga el sueño.

—No me has escrito que tenias una carretela, dijo Elena á su amiga.

—Por cierto que eres muy indulgente en llamar así este modesto carruaje, repuso Susana; es muy cómodo, sin embargo, y yo me hallo en él muy bien, al menos así lo pretende mi marido.

—¡Oh! los caballos son magníficos; ¡qué briosos y gal- lardos! exclamó Elena suspirando.

—Ya veo que esos elogios son un cumplimiento á la direccion de Luis; sabes que se ocupa mucho del perfec- cionamiento de las razas.... ya verás otros caballos me- jores, y si te contentan, él se tendrá por dichoso en ofrecerte un tronco para tu magnífico carruaje de París.

—Si mi marido te oyese, dijo Mdme. d' Emery, quizá te tomaria la palabra; tiene una pasión desenfrenada por los caballos y los jockeis; en este punto es verdaderamen- te insoportable; pero ¡ah! en París los hombres son todos lo mismo; solo desean lo que no tienen ó lo que no pueden tener, y es imposible poseer buenos caballos en París, con menos que con 90 ó 100.000 francos de renta.

Elena pronunció estas palabras con acento breve, pero con una amargura profunda, y la amable Susana, para quien no pasó desapercibida, cambió insensiblemente la conversacion.

Algunos instantes despues el carruaje entró en un vasto patio, en el fondo del cual se levantaba una gran casa, más ancha que alta; á los dos lados del edificio se elevaban en forma de torreones dos palomares, sobre cuyos tejados de pizarra revoloteaban dos nubes de pi- chones; alrededor del patio se veía un verdadero cordon de puertas, tan grande era el número de los departamen- tos; muchas de aquellas estaban abiertas, y dejaban ver á los criados ocupados unos en dar el pienso á los magní- ficos caballos, y otros en sacarlos al campo.

Mr. de Riviere saltó del carruaje y ofreció su mano á Elena y despues á Susana, que condujo á su compañera hácia una puerta cerrada con cristales; ésta se abrió al instante para darles paso.

Dos mujeres, una anciana, y joven la otra, vestidas de campesinas, se adelantaron hácia ellas.

—Hé aquí á tu camarera, dijo Susana á Mdme. d' Emery, presentándole á la muchacha; yo la he educado durante el invierno, y la he habituado á mis gustos, para dedicar- la á mi servicio; te la cedo mientras permanezcas aquí, querida Elena; tú la perfeccionarás, y ella se tendrá por muy dichosa en servir á una bella parisiense, ¿no es ver- dad, Juana?

—¡Oh! sí señora; respondió la joven, ruborizándose.

Elena, poco sensible á la buena voluntad de la joven aldeana, que la miraba pasmada de su belleza, penetró en la habitacion que se extendia detrás de la puerta entreabierta, paseó por ella su mirada y exclamó:

—¡Ah! qué lindo salon!

—¿Cómo! ¿te parece bonita esta enorme sala? preguntó riéndose Susana; eres por cierto bien indulgente; espero, amiga mia, que te agradará más tu cuarto; ven, quiero conducirte á él, porque me parece que desearás desemba- razarte del sombrero y del polvo del camino.

Diciendo esto, Susana asió del brazo á su amiga, y ámbas atravesaron piezas alegres y claras, guarnecidas de muebles cómodos y sencillos; grandes cortinas de cre- té de hilo, corridas delante de las ventanas, atenuaban los rayos del sol.

Susana hizo entrar á su amiga en una primorosa habi- tacion; cubria las paredes un papel azul y blanco, del todo semejante á la persa de que estaban formadas las cortinas del lecho y de las ventanas. Juana que las seguia, abrió las maderas, y el sol iluminó una antigua cómoda á lo Luis XV, y un tocador del mismo estilo, adornado de magníficos bronce cincelados; en un ángulo habia un aparadorcito, cargado de esos mil objetos indispensables á los hábitos de una joven elegante. Un antiguo tapiz de los gobelinos cubria el pavimento; una pequeña péndola roccó dejaba oír su acompasado rumor sobre la chime- nea; á los lados lucian dos candelabros cincelados, y dos enormes floreros de loza, del tiempo de nuestros abuelos, llenos de rosas, de lilas y de narcisos, que esparcian en la estancia un fresco y delicioso perfume.

A través de las ventanas se divisaban los grandes ár- boles del jardin, y se respiraba el dulce aroma de la ma- dreselva, que subia hasta el muro en verdes y flexibles espirales.

—Aquí tienes un pequeño y pobre nido, dijo Susana con su radiosa sonrisa; al lado de tu lecho hay una cam- panilla, con la que podrás llamar á Juana cuando la ne- cesites; te dejo por breves instantes; muy pronto vendré á buscarte para el desayuno, mi amada Elena; no vayas ahora á molestarte en una *toilette* muy esmerada, porque tenemos que ir á visitar toda la casa y á recorrer los bosques.

Mdme. Riviere hizo á Elena un gracioso gesto de tier- na despedida, y salió con su paso ligero é infantil. Juana la siguió, y Elena quedó sola en aquella habitacion tan alegre, tan llena de luz y de sol.

Un impulso irresistible la llevó á la ventana, desde la cual vió un hermoso jardin lleno de flores y de frutas, donde trabajaban muchos jardineros; oyó á lo lejos vagos mugidos, rumores confusos, y los mil ruidos diversos de la vida del campo.

Esta calma, esta dulce serenidad, hacian tal contraste con los pensamientos que llenaban el alma de la joven parisiense, que se retiró al fondo de la estancia, se dejó caer en una silla, cruzó con desaliento sus manos, y echó á llorar.

Susana volvió á buscarla al poco rato, segun habia ofre- cido, y á la primera mirada comprendió que habia llo- rado.

—Mi querida Elena, le dijo abrazándola, tú tienes al- gun pesar, no estás alegre como otras veces; no te consolaré si no lo deseas.... por el pronto solo trataré de dis- traerte.... las confianzas de tu parte vendrán despues; vamos á desayunarnos y procura, te ruego, no estar triste delante de mi marido, porque creará que no te hallas bien en nuestra modesta casa.

Mdme. d' Emery alisó sus hermosos cabellos negros, se puso, ayudada de Susana, un sencillo traje de museli- na, y ensayó una sonrisa que animó algun tanto sus en- cantadoras facciones, pero sin alejar de ellas la densa nube de tristeza que las velaba.

VI.

El desayuno estaba servido en un gran comedor, deco- rado con antiguos muebles de encina; la mesa se habia colocado cerca de la ventana que caia al jardin; el canto de los pájaros y el perfume de las flores, llegaban hasta

los convidados, y Mr. Riviere se manifestaba alegre, cui- dadoso y solícito.

Susana hizo cuanto pudo para comunicar su alegría á Elena; acabado el desayuno, Mdme. Riviere fué á buscar un delantal y un par de pequeños zuecos, colocando el primero triunfalmente en la cintura de Elena, y obligán- dola á que se calzase los segundos, sobre sus botas de satén.

—Aquí, no estamos en París, le dijo: prepárate á ver cosas extraordinarias para tí; tal vez esto no te divertirá mucho, pero te garantizo la novedad.

Diciendo estas palabras, abrió una puerta, y condujo á Elena á un gran patio, en el que estaban los almacenes de forraje y de granos. Dos criados cribaban cebada; otros escogian trigo y avena; todos, en fin, se hallaban ocu- pados.

Susana tomó una gran cantidad de grano, y puso otra igual en el delantal de su amiga; despues abrió otra gran puerta, y se hallaron en un segundo patio, más extenso y más poblado; estaba tapizado de yerba, y en ella las gallinas, los pavos, los gansos y los ánades, se paseaban con gravedad y en amigable compañía; pero al oír la voz de Susana, acudieron todos piendo y graznando, pidiendo en desatada algaravia su almuerzo. Elena no pudo menos de sonreirse al ver aquel enorme batallon alado, que volaba, gritaba, cloqueaba, y se atropellaba en pin- toresco desorden para llegar más pronto.

Visitaron despues los vastos establos, en los que bri- llaba el más minucioso aseo: habia doce, y Susana le mostró con una especie de orgullo las hermosas vacas normandas, que amamantaban á los jóvenes becerros; los corpulentos carneros, las ovejas con sus corderillos, y en fin, una numerosa república de conejos.

En aquel instante sonó una enorme campana, y acu- dieron de todas partes los habitantes de la quinta.

—¡Cuánta gente! exclamó Elena; ¿de dónde viene?

—De sus trabajos, respondió Mdme. Riviere; dentro de un instante se hallarán sentados á la mesa, y nosotras iremos á verles: has de saber que Luis asiste todos los días á su comida de la tarde, para ver si les falta algo, y ellos se ponen muy contentos cuando yo acompaño á mi marido á presidir su mesa; pero entre tanto que se colo- can en sus sitios, prosiguió Susana, entremos aquí: mira, querida Elena, dos carneros de una especie muy rara; observa esos magníficos bueyes, que bien pueden llama- se tres masas de manteca; estos animales van á hacer muy en breve un viaje á París; nuestros más hermosos productos, sin embargo, se hallan en las caballerizas que has visto al llegar al patio de entrada. Luis, que es en esto gran inteligente, nos acompañará, y te explicará la genealogía de esos nobles animales; no has concluido aun tu revista de inspeccion, y no creas que hemos de dis- pensarte de ver nada.

Las dos amigas pasaron despues algunas horas en el jardin, visitando los cuadros de flores, los magníficos bosques de árboles frutales, y sentadas á la sombra de un enorme castaño de Indias, donde aspiraron los penetran- tes perfumes de la tarde.

Elena se sorprendió de la rapidez con que habia pasa- do el tiempo, al oír la campana que avisaba para la comi- da; las dos jóvenes se encaminaron al comedor, donde la sopa estaba servida, pero Mr. Riviere no se hallaba allí.

—¿Dónde está mi marido? preguntó Susana sorpren- dida.

—Se halla en las caballerizas con Mr. Morand, respon- dió la anciana sirvienta.

Un instante despues llegó Mr. Riviere; la alegría res- plandecia en su semblante; corrió á su mujer, y la besó en la frente con ternura.

—¡Buena noticia, Susana mia! exclamó: Mr. Morand se ha decidido al fin, y acabo de hacer una venta mucho más ventajosa de lo que yo esperaba; además ha prome- tido enviarme mañana uno de sus amigos, que necesita dos buenos caballos de tiro.

Dicho esto, abrazó de nuevo á su esposa, como para asociarla á su contento.

Una nube oscureció la hermosa frente de Elena, y una profunda tristeza se reflejó en sus abatidos ojos.

—A la mesa, dijo Susana, á cuya perspicacia no se ocultaba lo que pasaba en el corazon de su amiga. Elena está algo fatigada y debe tener apetito.

Mdme. d' Emery no pudo comer, é hizo un heroico es- fuerzo para contener sus lágrimas todo el tiempo que es- tuvieron en la mesa.

—Luis, amigo mio, te dejamos, dijo Susana levantán- dose, apenas servido el último plato; veo que Elena no se siente bien, y necesita retirarse á su cuarto; voy á acom- pañarla: acaba de comer con sosiego y no pases pena por nosotras, que así que la deje acostada y tranquila, volve- ré á buscarte para pasar la velada á tu lado.

No bien se hallaron solas las dos jóvenes, Elena, dando

rienda suelta á su llanto, se arrojó en los brazos de su amiga.

—¡Ah! exclamó entre sollozos: ¡esto es espantoso! ¡sufro horriblemente! ¡la vista de tu felicidad desgarró mi corazón, porque me trae á la memoria toda mi desgracia! ¡oh mi querida Susana! ¡por qué me casé con Mr. d' Emery! ¡Funesto amor el mío, ó mejor dicho funesta vanidad! ¡cuán amargos frutos ha dado, y cuán hermosos y benditos son los de tu modestia!

—¡Elena mía, dijo Mme. Riviere tomándole dulcemente las manos, tranquilízate; cuéntame tus penas, y tal vez te haga yo comprender que exajeraras un poco! ¡habla, y deposita tus dolores en el pecho de una amiga!

—¡Ojalá que exajere, Susana! murmuró Mme. d'Emery con desaliento: ¡pero no, mi desgracia es demasiado cierta! Oye y juzga de mi desesperación.

Fuó dichosa los dos primeros meses de mi enlace: de repente Eduardo se volvió descontentadizo é irritable, yo se lo hice notar, y me respondió bruscamente, que yo no sabía la agitación que daban al espíritu los negocios, porque no me ocupaba más que de diversiones y de galas.

Esta dura respuesta, estas inesperadas reconvencciones me dejaron helada; le encontraba intransigente, violento, arrebatado y cruel, y esto me hizo una sensación tanto más dolorosa, cuanto que jamás le había imaginado bajo aquel aspecto.

Desde entonces no ha vuelto á ser el mismo, Susana; no puede traspasarse la valla del decoro en el matrimonio; hay palabras que jamás se deben pronunciar; mi marido se ha ido volviendo cada día más grosero, y ha llegado el caso de no atreverme á dirigirle la palabra.

¡Juzga de mi dolor! Mi madre se ha apercibido de él, me ha instado para que le confie mis penas, y no he podido resistir á sus ruegos; para una madre no se tienen secretos, y además á nadie como á ella podía yo confiar mis pesares.

Mi padre tardó muy poco en saber mi desgracia; reconvinó á Eduardo, y éste recibió muy mal sus palabras; mi padre irritado justamente, salió de mi casa y no ha querido volver. Eduardo me ha echado la culpa de todo esto, y durante el último mes apenas le he visto dos veces.

Entre tanto gasta más que nunca; compra magníficos caballos, en los que cada día da largos paseos; cuando vuelve, es para vestirse, y almuerza en el club, donde pasa el resto del día; por la noche asiste á los teatros y á los bailes, sin pensar en mí; yo voy á todas partes sin él, y acompañada de mi madre.

Hace algunos días le manifesté que deseaba pasar el estío en Wiesbaden, y que para esto necesitaba una crecida suma: entonces, mi querida Susana, ¡el hombre distinguido y elegante, el galante y enamorado esposo, se entregó á arrebatos de cólera, de que se hubiera avergonzado un cochero! Me echó en cara una multitud de cosas que yo creía muy naturales; me acusó de desórdenes, de derroche, qué se yo: comprendí que todo aquello era un espantoso caos de miserables pretextos para privarme sin duda de un placer, cuyo deseo acariciaba yo desde hacía largo tiempo.

En fin, para colmar la medida de mis sufrimientos, me ha hecho saber que acababa de perder cuarenta mil francos en una falsa especulación que había intentado en la bolsa, y que debía abstenerme de esos viajes inútiles, que ocasionaban grandes dispendios.

¡Figúrate, Susana, cuánto habré yo llorado! rogué, supliqué que me dejase ir con mi madre, pues de esta suerte serían mis gastos mucho menores.... ¡todo ha sido en vano, y ha permanecido inexorable!

—Me veo obligado á permanecer en París, me ha dicho; mis negocios lo exigen así, y quiero que estés á mi lado; en cuanto á tu madre, pues desea salir de París, ¡buen viaje!

Desgraciadamente mi madre partió sin que yo lo supiera; quiso ahorrarme el dolor de la despedida, lo que sentí en el alma, porque me hallaba muy decidida á desafiar semejante tiranía y á partir con ella; sola ya, mi querida Susana, me acordé de tu amable carta, y me he venido sin prevenirselo á mi marido.

—¡Cómo! exclamó Susana dolorosamente sorprendida; ¡no sabe nada Mr. d' Emery de tu viaje! ¡ignora que estás aquí!

—¡Y qué le importa! repuso amargamente Elena; ¡acaso me tiene ya en algo! ¡por ventura se ocupa de mí!

—¡Ay Elena! repuso dulcemente Mme. Riviere; tú estás resentida con él, eres injusta, y de este modo no esperes atraerle al buen camino; reflexiona que tu marido jamás será razonable por sí solo, si tú no le das el ejemplo; vamos, querida mía, es preciso que mañana mismo le escribas diciéndole que estás aquí; que reconozcas que has obrado muy mal viniendo sin decirselo; en fin, no tengas pena.... la carta la escribiremos entre las dos, aunque la letra sea de tu mano.

—¡Oh, no! ¡no seré yo la primera que ceda! ¡él que es el culpable que me pida perdón!

—Mi pobre amiga, repuso Susana con acento grave y triste, veo que si eres desgraciada es por tu culpa, y si obras así preveo para tí una larga série de pesares; demasiado veo que tu marido es culpable, pero tampoco tú tienes razón; sin embargo, escúchame, sé dócil á mis consejos, y todo se puede aun arreglar. Luis me decía esta mañana que esperaba que Mr. d' Emery vendría á buscarte, y que él tendría mucho gusto en conocerle; puesto que mi marido vá con frecuencia á París, prométeme escribir al tuyo una carta que le obligue á venir aquí al menos por ocho días, que no creo que por eso hayan de padecer sus negocios; además, yo te garantizo que cuando Luis vaya á París él le proporcionará muchos, porque tiene allí muy buenas relaciones.

—¡Ah, cuán buena y encantadora eres! exclamó Elena, sin poder contener sus lágrimas y abrazando á su amiga; sí, yo escribiré á mi ingrato esposo, y lo haré solo por tí! ¡cuánto mejor que yo has escogido tú marido, y cuán dichosa eres! ¡y yo que te compadecía, que me burlaba de tí! ¡cuánto me ha cegado la vanidad, y qué desdichada me ha hecho!

—Elena mía, repuso Susana estrechando las manos de su amiga, no llores; eso que llamas gran infortunio tiene remedio; todo consiste en mil pequeñeces, en mil nada, que reunidos levantan una negra sombra en el horizonte conyugal; vivid algunos días á nuestro lado tu esposo y tú, y aprendereis la ciencia de ser dichosos, que consiste en contentarse con poco, en no ambicionar más de lo que se posee, y en una mútua y amable tolerancia.

VII.

Mme. Riviere se separó de su amiga, y bajó á encontrar á su esposo; le halló en el jardín paseándose, según cada tarde tenía de costumbre, en una larga calle de tilos.

Mr. Riviere pasó el brazo de su mujer bajo el suyo, y entabló con ella una de esas dulces conversaciones de los esposos que se comprenden y se aman; le habló de la hermosa tarde que hacía, de lo feliz que aquel día había sido, de las lucrativas ventas que había llevado á cabo: pero al ver que su esposa no le respondía, la miró y la halló abatida y triste.

—¡Susana! exclamó; ¡qué tienes! ¡ah! ya lo adivino! vienes de hablar con tu querida parisiense: la conversación habrá versado sobre teatros, conciertos, bailes.... esto te habrá entristecido.... pues bien, Susana mía, yo te llevaré en mi próximo viaje, y estarás tres ó cuatro meses en París. ¿Es esto lo que deseas? ¿Estás contenta?

—Escucha, amigo mío, dijo Susana: escucha ese grillo que canta, que repite la dulce lección del fabulista; él se ha encargado de contestarte por mí:

“Cuesta muy caro el brillar en el mundo: para vivir dichosos, es preciso ocultarse.”

LOS COCHES DE LOS BIRMANES.

Según un viajero, los coches más distinguidos en el imperio de los Birmanes, no consisten en otra cosa que en carretas de bueyes sobre las que se coloca alguna alfombra ó tapiz para evitar la dureza de los movimientos. Colócanse algunos toldos y á veces un quitasol para prevenir los caprichos del astro rey si declinase á su ocaso, y al pausado paso de dos ó más bueyes, se transita por las calles de la ciudad sin otros adornos. Las ruedas son sumamente sencillas, como las que usan en Europa en ciertos territorios montanos, todas de madera y de una infancia del arte decidida. Si ocupan el carruaje algún personaje ó señoras distinguidas, es muy común verlos seguidos de sus servidores ó de sus esclavas. Esta sencillez no obsta para que en otras costumbres se observe en el Imperio de los Birmanes un lujo desmedido.

LAS ABARCAS.

Antiquísimo es el uso del calzado llamado *abarca* hecho de piel sin adobar, de buey, de caballo y de otros animales. Aunque hoy está reducido su uso solo á la gente pobre de ciertos pueblos de España, no se crea que en otras épocas no se haya visto favorecido por altos personajes. El rey de Navarra D. Sancho no se desdénó de calzar la modesta *abarca*, y aun al continuo uso que de ellas hizo, debió el sobrenombre D. Sancho *Abarca*: del mismo modo que el emperador romano Cayo, adquirió el de Calígula por usar siempre el calzado particular de sus soldados, llamado *caliga*, pues el de los oficiales se llamaba *campagus*.

Era el calzado peculiar de los godos, y es muy posible que á ellos se deba su introducción en España. También en Suecia y Laponia es su uso muy antiguo.

Los soldados del citado rey de Navarra no usaban otro calzado, y según se ve en la columna trajana, *abarca* calzaban los dacios. También parece ser el mismo el calzado que el emperador Mauricio mandó llevarse sus soldados.

EXPLICACION DEL FIGURIN DE GRAN TAMAÑO

que se da de regalo á las señoras suscriptoras de año, y medio año, y que se ha repartido con el núm. 19 del Correo, correspondiente al 18 del pasado Mayo.

Habiéndonos impedido causas especiales dár á su tiempo la explicación de este magnífico figurin, lo hacemos hoy, aunque tarde, por si nuestras lectoras tuviesen aun alguna duda sobre la clase de tela y las hechuras.

Las confecciones representadas en él, son todas nuevas y de un gusto inmejorable.

FIG. 1.^a *Traje de paseo*.—El volante plegado que guarnece el bajo de la falda, es de 20 cents. de altura, y lleva en el centro otro volante fruncido y terminado en picos. Un biés y un doble ruche forman cabeza al guarnecido. La túnica, terminada también en picos, lleva entre cada hueco de estos, otro pico de terciopelo, pendiente de todos una rica borla de seda rizada de 15 cents. de larga. El cuerpo forma chaleco por delante, y está adornado de borlas, picos y ruches. Este vestido puede hacerse para verano de tela de dos tonos, empleando el más oscuro para los picos postizos de la túnica y el chaleco.

Sombrero de reps con pluma malva ó blanca y encajes negros.

FIG. 2.^a *Traje para recibir visitas*.—Este lindísimo modelo, es de foulard de un medio color. Las ruches que adornan el paño de delante de la falda, tienen 10 centímetros de ancho y terminan á ambos costados bajo un gracioso lazo. La túnica princesa, muy abierta por delante, es tan elegante como sencilla por sus adornos y su forma. Completa el traje, cuellecito alto y corbata de encaje.

FIG. 3.^a *Traje de reunion*.—Es de foulard á rayas anchas, blancas y malva. Tanto la disposición del adorno de la primera falda, como del de la túnica, que por atrás describe cola y por delante forma delantal es muy nueva. El cuerpo muy abierto por delante se completa con un encaje blanco. Rico medallón pasado en un terciopelo, que se anuda por atrás formando lazo y otro lazo de terciopelo en el cabello.

FIG. 4.^a *Traje de visitas*.—La primera falda que describe un poco de cola y la túnica, son de failly azul. Largas borlas, una cenefa de pasamanería y brandeburgos, constituyen su rico adorno. Sombrero de gasa y encaje negro, realizado con una rosa.

FIG. 5.^a *Traje de baile ó de teatro*.—La falda que describe cola va adornada con tres volantes de encaje negro. La túnica forma delantal redondo, largo por delante, corto en los costados y que termina por atrás en una aldeta plegada. El cuerpo escotado y que termina en doble punta, tiene mangas cortas y abiertas. Tanto estas como el escote, van guarnecidas de encaje. Prendido de lazos y plumas.

FIG. 6.^a *Traje de paseo*.—La falda lleva gruesos pliegues acanalados y adornados con un rico bordado guarnecido de puntillas. Los intervalos entre los pliegues se llenan con bieses. La túnica va completamente bordada al pasado y orillada con un fleco. Sombrero de seda realizado con flores y plumas azules.

Explicacion del Figurin 1028.

ELEGANTES TRAJES DE VERANO.

FIG. 1.^a *Traje para paseo*.—Vestido de foular rosa muy bajo, adornado con cintas rosa fuerte. Con cintas van orilladas las tres ruches que guarnecen la falda, que describe cola, y la misma cinta, más ancha, termina la túnica ondeada, y la recoge por atrás en pouf. Igual adorno lleva la chaqueta con chaleco y solapas. Completan el traje camiseta y mangas de muselina bordada, y sombrero redondo de paja, guarnecido de cintas rosa, flores y pluma rosa.

FIG. 2.^a *Traje para niña de dos á cinco años*.—Vestido escotado, y con berta de tirantes de muselina blanca bordada, túnica de tafetan blanco, terminada en ondas picadas. Banda de cinta azul, collar azul, y lazos azules en el cabello. Medias blancas, y botitas también azules.

FIG. 3.^a *Traje para reunion*.—Vestido de muselina blanca lisa y á rayas, que pueden sustituirse con pliegues cosidos á máquina. La primera falda es lisa. La segunda, muy corta por delante, y terminada por una doble ruche y ancho encaje blanco, se une en los costados (ocultando la union una cinta malva, que recoge el pouf y descendiendo en largas caídas) á un manto, guarnecido de encaje y de cola sumamente prolongada. Chaquetilla abierta y de escote cuadrado, adornada con encajes blancos y cintas malva. Cinta malva en el cuello y en el cabello. Guantes blancos.



EPIGRAMA.

Examinándole á un chico
sobre *historia universal*;

—¿Cuál es la *era principal*?

le preguntan. Y el borrico
contesta al juez, muy formal:

—¿Cuál ha de ser la del *Mico*.

LUIS CORTÉS Y SUANA.

Madrid 4 de Mayo de 1872.

BIBLIOGRAFIA.

Acabamos de recibir las entregas del *Expósito del Ródano*, obra debida á la pluma del Sr. D. Víctor Roselló, autor de la *Huérfana de Ribas*, que encomiamos como se merece en nuestro último número literario, y cuyo precio es de 18 reales en vez de 16 como digimos. La segunda obra del Sr. Roselló promete sobrepasar en mérito á la primera, tanto por el interés de la fábula, como por la belleza de los caracteres, y el fin moral que siempre se propone en todas sus admirables producciones.

También hemos recibido las primeras entregas de *Rosa la Cigarrera*, original de la aventajada escritora doña Faustina Saez de Melgar, y creemos hacer un obsequio á nuestras inteligentes suscriptoras, recomendándolas su adquisición, seguras de que hallarán en ella solaz y provechosas enseñanzas.

Fecunda ha sido la última quincena en publicaciones literarias; entre ellas nos ha llamado la atención un precioso librito titulado: *El Mosáico*, que es una colección de poesías y epigramas, escritas por el distinguido poeta D. Abelardo García Montalbán, al que nos apresuramos á tributar nuestros sinceros plácemes por su bella obra.

Con suma complacencia hemos recibido también un folleto titulado: *Meditaciones filosófico-religiosas*, debido á la inspiración del Sr. D. Jerónimo Santiago Couder, el anciano autor de las ingeniosísimas charadas que tanto han complacido á nuestras suscriptoras. Dejando á un lado el estilo ligero y festivo, el Sr. Couder se eleva á las regiones de la más alta filosofía, y en sonoros y fáciles versos emite ideas consoladoras y sublimes que conmueven dulcemente el alma y hacen levantar los ojos al cielo en donde se halla el eterno reposo y la compensación de cuantos males nos afligen en la tierra. Dichoso el señor Couder, que á su avanzada edad conserva todo el fuego de los sentimientos juveniles, y todo el entusiasmo que la vista de la creación inspira al que es capaz de comprenderla.

¿Y qué diremos ahora de la preciosa novela *La doncella del piso segundo*, obra del popular escritor D. Carlos Frontaura? Faltándonos espacio para enumerar todas las bellezas de que abunda, sólo nos limitaremos á recomendar vivamente su adquisición á las personas de buen gusto.

CORRESPONDENCIA.

C. O. Valencia.—El coral será el que tendrá la preferencia este verano para aderezos, y sobre todo, mezclando el coral rosa con el encarnado.

M. I. Valladolid.—Hay un medio muy sencillo para limpiar bien las alfombras y dejarlas como nuevas. Se toma una col, se la corta á rebanadas delgadas como cintas, se la esparce sobre la alfombra, y se barre por encima con una escobilla de yerbas. Si se hace bien la operación, además de salir el polvo, la alfombra recobra la brillantez de sus colores. Para limpiar los espejos, basta con quitarles el polvo y las manchas con un trapo mojado en aguardiente, pasando luego por ellos un pedazo de lana y un poco de blanco de España.

J. L. Sevilla.—Para señora de edad la aconsejo á V. un vestido de foulard ó de failly negro, con un gran volante ondeado en el bajo. Un pardessus, forma dolman, de crespon de China, negro, ondeado y con un guipure al canto. Sombrero cerrado de encaje negro, con plumas negras y color de amatista.

M. O. Santander.—Los pañuelos del bolsillo se bordan en un ángulo, poniendo las letras al biés; las iniciales de las servilletas se ponen generalmente en el centro y á lo largo.

La siempre viva.—¿Qué puedo á V. decirle? ¿qué puedo aconsejarla en la difícil y triste situación en que se encuentra? Recuerde V. que la vida es una batalla, y que es preciso luchar con ánimo decidido y fé constante. Procure V. no desviar su planta de las sendas del deber, procure V. sufrir con santa conformidad su martirio, fijos los ojos en el cielo, en donde se halla *Aquel* que pesa en su infalible balanza el bien y el mal, para dar su merecido á cada uno.

Adolfina.—Vitoria.—Fácilmente pueden quitarse las manchas del mármol; se hace legia muy cargada de potasa y de cal viva, y despues con un paño ó una esponja empapada, se moja el mármol y se deja secar veinti-



TIPOS BARCELONESES A PRINCIPIOS DE ESTE SIGLO.

cuatro horas; despues se prepara agua de jabon y se lava con ella; se deja secar otra vez, y luego con un pedazo de franela empapado ligeramente en aceite comun se frota bastante fuerte y queda limpio y brillante.

L. M. Barcelona.—No olvide V. que la virtud se halla en el justo medio, y que hasta el deber es preciso que tenga un límite razonable. Que esa niña, primer lazo que debia estrechar su matrimonio, no sea motivo de desunion entre V. y aquel que Dios le ha concedido por compañero. Dé V. á su hija lo que debe darle una buena madre, y á su esposo lo que una mujer cristiana debe dar á su marido.

Rogamos encarecidamente á los señores suscritores, que no demoren el envío de las soluciones de las charadas, para que lleguen á tiempo oportuno.

Hé aquí los nombres de los que nos han favorecido con la solución de la charada inserta en el núm. 17 del Correo, y que hemos recibido con retraso:

Doña María de los Dolores de Sainz y Rosas, B. LL. P. de Barcelona; doña Dolores Romany de Albi; D. José Sainz y Criado, y por último la siguiente:

Jugaba con una flor,
La bella Laura, y Luis
La dijo: ¡esa flor de lis
Me das en prenda de amor!

Al verse así interpelada,
Cedióle su flor la bella,
Diciéndole que iba en ella
La mitad de una charada.

De descifrarla el deseo
La hermosa en él despertó,
Y entonces le recitó
La del último Correo.

A la charada la proa
Puso de su ingenio, y dijo

Luis: el todo es de fijo
La pintoresca Lisboa.

Badajoz, Mayo 9, 1872.

ADOLFO VARGAS.

Soluciones á las charadas insertas en el anterior número literario por doña Agapita Salvatierra, doña Teodora Clemente, doña Angela Salcedo, doña Ventura Amores, doña Dolores Ruiz Gimenez, doña Justa Terranova, y los Sres. D. Ramon Lobenz, D. Juan Arroyal, D. Gregorio Dominguez, el niño D. Ricardo Cortés y Velasco y *Sócrates*, suscritor de la calle del Carmen, núm. 19.

I.

PITONISA.

II.

Con sus cinco combinaciones *Zara, Raza, Mora, Mosa y Ramo*.

ZAMORA.

CHARADA.

Denota mi primera,
fecundo manantial,
de goces y esperanza,
de encanto celestial.

Por ella forja el alma
delirios de ilusion,
y en éxtasis desea
la empírica mansion.

Segunda y tercera muéstranos
la mano del Criador,
y esplaya nuestro ánimo
su vista en derredor.

Si acaso dulces brisas,
queremos aspirar,
ella nos las envía,
que la regala el mar.

Tercia, segunda y tercera,
conmueve el corazon,
si es de Belline obra,
del génio inspiracion.

Al todo de mil géneros
podeis ir á comprar,
que allí en tropel acude
la gente á negociar.

RAMONA SIMAN.

Estrada, Junio 30, 1872.

(La solución en el próximo número literario.)

Las señoras suscriptoras que deseen adquirir, con 2 rs. de rebaja, el lindo tomo de poesías festivas que con el título de *Maremagnum*, ha publicado en Valencia nuestro amigo y colaborador el señor D. José F. Sanmartín y Aguirre, pueden hacer el pedido de dicha obra á su autor en Valencia, calle de D. Juan de Villarrasa, 9, principal, acompañando al pedido el importe de 4 rs. en sellos de franqueo, y uno de los recibos de nuestro periódico que acrediten ser suscriptoras de EL CORREO DE LA MODA, y lo recibirán á vuelta de correo, franco de porte. Para las no suscriptoras, su precio es el de 6 rs. en toda España, pues la mencionada rebaja de 2 rs. es un obsequio que el autor hace á nuestras constantes suscriptoras.

CUENTOS DE SALON

por

T. GUERRERO Y C. FRONTAURA.

Se ha publicado el tomo cuarto de la colección, con la novela

LA DONCELLA DEL PISO SEGUNDO

por

CÁRLOS FRONTAURA.

Se vende á 4 rs. en la Administración, Plaza de Matute, 2, y en las librerías.

En provincias, 5 rs. en las librerías. Se remite franco, enviando su importe al administrador de los *Cuentos de Salon*, en Madrid.

En los mismos puntos se venden: *Una perla en el fango*, *La camelia y la mariposa* y *Una historia de lágrimas*, por Teodoro Guerrero; y *Brígida*, por C. Frontaura.

A fines de Mayo saldrá el tomo quinto con los cuentos de Guerrero *El Vellochino de oro* y *Flea y pobre*.

A los suscritores por semestre y año se les regalan en el acto dos libros y en Noviembre el *Almanaque de salon* con láminas y caricaturas.

ADVERTENCIA.

Con este número se reparte á nuestras suscriptoras la bella Danza americana, titulada *La Confederación de la Costa*, letra de doña Angela Grassi y música de D. F. G. Vilamala, compuesta expresamente para el CORREO DE LA MODA.

Acompaña á este número el figurín correspondiente á ambas ediciones y la pieza de música.

Editor-proprietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1872.—Tipografía de GREGORIO ESTRADA, Hiedra, 7.